



# Poemas y testimonios

SAFO. ED. Y TRAD. AURORA LUQUE. ACANTILADO. BARCELONA. 2004. 190 PÁGS. 15 EUROS

Aurora Luque—que en el año 2000 reunió una excelente antología de la poesía erótica griega, *Los dados de Eros*, y que, tres años después, rescató los sonetos de la cubana Mercedes Matamoros y puso una ajustada introducción a *El último amor de Safo*—nos entrega ahora una especie de Safo en sí, en el que no sólo se recogen sus textos conservados sino también los testimonios transmitidos.

Y ello, en una versión tan rigurosa como exacta, que no violenta la lengua del original sino que la respeta y que, como en la isosilaba de la métrica colia, hasta la reproduce. El profesor Rodríguez Adrados—que es autor de un importante estudio sobre el campo semántico del amor en Safo—decía, en su libro *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua*, que no se pueden comprender las cosas sin las palabras en que éstas se expresan, y mucho menos, cuando eso que allí se expresa pertenece a una cultura de la palabra, como era la de la Antigüedad.

Aurora Luque nos acerca la escritura de Safo de una manera literaria que no deja de ser, también y siempre, literal. En ello—creo—reside su mérito: en que para ella, como para Bonnefoy, la traducción supone un largo diálogo con un texto hecho, como advertía P. du Bois, de textos rotos, y en el que, a partir de 168 fragmentos—todo lo conservado—el lector debe reconstruir el sentido de la casi perdida totalidad: la de los nueve libros editados en Alejandría.

Aurora Luque toma como base la edición de Campbell, aunque se adhiera a alguna propuesta de Eva Maria Voigt, y nos ofrece un territorio poético preciso, vertido con tanto tino como ritmo y sentido musical. Si las de Schadewaldt nos acotaban ya mucho de este mundo, y las de Ferrater nos lo hacían disfrutar, las de Luque nos permiten entenderlo y entender también el modo en que la

fragmentaria lírica de Safo ha impregnado y determinado la lírica amorosa posterior. Algunas de estas versiones son en sí poemas y valen como tales: pienso en la del "Himno a Afrodita" y en la del "Himno a Artemis", en las de los fragmentos "42 c" ("A ellas helado se les tornó el aliento/y a los costados dejan caer sus alas"), "50 c" ("Pues

**¿A qué, novio querido, podría con acierto compararte?  
A un delicado tallo trepador te comparo ante todo.**

bello es quien es bello en cuanto a la mirada./Pero también el bueno ha de ser pronto hermoso") o en tantísimos otros que están tan maravillosa como fielmente trasladados y resueltos aquí. Enumerarlos sería citar el libro entero. Me limitaré pues a dar cuenta de la lectura que Aurora Luque, desde la práctica asumida de la modernidad, propone y que nos hace comprender la admiración que a Safo tributaron Solón, Platón, Aristóteles, Posidipo, Nosis, Antípatro, Tulio Laurea, Plutarco, Dionisio de Halicarnaso, el autor del tratado *Sobre lo sublime* y Estrabón, entre otros. Asimismo, y en lo relativo a las notas que acompañan el texto iluminándolo más que oscureciéndolo, hay que celebrar la acertada explicación del himno clético, del "desplazamiento del tiempo mítico al tiempo cronológico" a través de la *Priamel*, del uso del *makarismós* y del tono *mixolidio*, así como su análisis de los distintos efectos del amor reunidos en el término griego *lysi-*



*melés*. Safo sirve de caldo de cultivo a Lutacio Catulo, Valerio Edituo, Cayo Valerio Catulo, Petrarca y Garcilaso; reaparece en *Sapho: élégie antique* de Lamartine; sigue en Leopardi y en Baudelaire; es recreada por Pierre Louis y René Vivien, pseudónimo de P. Tarn, e imitada por G. Gómez de Avellaneda, y comparada con Santa Teresa por Carolina Coronado. Safo es la base de la lírica de siempre, y representa la intimidad frente al oficialismo, el *oikos* frente a la *pólis*. Lo que inaugura es una antinorma: un uso literario de la anticonvención. Por eso, más que por ninguna otra cosa, su obra fue atacada y denostada: porque, como la de Arquiloco y la de Alceo, expresaba un sentimiento políticamente incorrecto. Por eso mismo se le admira hoy más: porque es un lenguaje de lo otro y porque articula el género no como sumisión sino como otredad y, sobre todo, como heterodoxia.

**JAIME SILES**